

El portero

relato

Alberto Uribe Rojas
Publicista Universidad Central

Del último vagón del viejo tren, descendió un joven provinciano con cara de néofito. La ciudad era para él como un inmenso castillo iluminado por lámparas y espejos de múltiples colores que bamboleaban los rostros de la gente cuando se deslizaban los autos reflejando las agitadas horas de la rutina diaria. Franco Ocampo era su nombre.

Cierto día, cuando fueron a visitar los señores de la Federación sus cafetales al otro lado de la montaña, hubo un cordial intercambio de impresiones y afectos que dejaron una inquietud en su alma. A partir de aquel momento, no hacía sino buscar la oportunidad de poder venir a la capital a probar suerte. Sin dudarle más, optó por abandonar su pequeño rancho de hortalizas y cafetales y tomar rumbo a la ciudad, a la civilización.

—Tendré futuro aquí? Se preguntaba mientras caminaba con su mochila al hombro confundiendo con el murmullo ensordecedor de la calle. Con las pocas monedas que le quedaban después de tan fatigoso viaje, compró el diario, y se sentó en un tronco viejo que adornaba el parque central. Lefa desespacio, pues casi no podía deletrear porque en la escuela rural no había aprendido mucho. No encontró ningún anuncio que le llamara la atención a excepción de uno que decía: "NECESITASE JOVEN RECIEN EGRESADO DEL CAMPO, PARA QUE INGRESE A OTRO CAMPO. . . COMO PORTERO DE HOTEL". Desprendió el aviso y lo guardó en la media manga de su camisa verde, soñando despierto en una nueva vida.

—Prometí a mi madre y a Poncho regresar lo más pronto al rancho si nó conseguía trabajo, pero ahora presiento que tardaré en volver—.

Tentó por todos lados y notó que no tenía ni un centavo para transportarse hasta el hotel.

—No puedo perder esta oportunidad. . . pero qué hago sin un peso en el bolsillo?—.

Un elegante señor se cruzó a su paso. No añadió ni una sílaba cuando reparó en los ojos tristes y soñadores del muchacho. Notó un leve gemido en su rostro adusto y cerdeño. Pensó que se trataba de algún vagabundo desahuciado, solitario y bohemio, que rodaba por las calles de la ciudad y sintió cierta docilidad anímica. Sin pensarlo dos veces, tomó con su mano izquierda la diestra del muchacho y le deslizó un jugoso billete. Franquito lo observó con sorpresiva admiración y le prestó su sonrisa de agradecimiento. Enseguida, sacó el recorte del periódico donde estaba la dirección del hotel. Allí se dirigió.

Entre las ilusiones más estudiadas que tenía Franquito, contaba la de llegar algún día a ser alguien importante. (Porque según un sueño que tuvo y del cual no se acordaba claramente, se veía rodeado de mucha gente importante: uniformados con polainas lustrosos; almirantes y capitanes de barcos volantes y aviones acuáticos; ministros y embajadores. Pero no podía descifrar cual era su papel entre todos esos personajes que lo saludaban, vestidos de chambegos, chamarretas, sables, carteras. . . manos delicadas, chancilleros y demás. Estas divagaciones las hacía mientras ascendía los seis peldaños tibios que daban acceso a una especie de chalet, cuya puerta vacía, invitaba a curiosear al menos despierto. La alegría que sentía al entrar allí, hizo que por sus mejillas rodara un par de lágrimas opacas y risueñas.

—A sus órdenes joven, en que podemos servirle? Le preguntó un sirviente de los que atendían las mesas.

—Es que vengo por lo del aviso del periódico.
—Ah!, el de portería no es cierto?
—Si, ese mismo —respondió Franquito—, enrojeciendo su rostro de agricultor y mirando con pena al que lo estaba interrogando.
—Bien. Sube al segundo piso; allí a la derecha, observa un rincón una de las mesas que tienen la velita encendida. Verás a Don Domingo, el propietario del hotel. Está vestido con chaleco rojo y corbatín anaranjado. Tiene un gorro verde y los zapatos son de charol macizo. No te extrañes de su vestimenta. Es bueno que sepas que todos los martes a medianoche, divierte a la concurrencia, haciendo monerías y contando chistes sin gracia. Pero la gente como sabe que es el dueño, comprende que debe reirse y sabes lo que hacen? Mientras Don Domingo habla y gimotea, los demás se cuentan chistes entre sí y rien de buena gana, sin ponerle atención. En fin. Ve a consultarle lo de tu solicitud, pero antes dime tu nombre. Franco Ocampo, me dicen Franquito. Y el tuyo cuál es? Rozo!

Franco se llenó de valentía y decisión al notar la franja de confianza que le despertaba el ambiente de aquel hotel; ni siquiera se preocupó por averiguar su nombre. Como era un hotel privado, en la entrada no tenía identificación.

Subió firmemente los dieciseis peldaños de tapiz persa habano, que comunicaba al segundo piso. Observó en la dirección que Rozo le había señalado y se acercó, llevando en una mano la mochila de fique y en la otra el recorte del periódico.

—Señor. . .!
—Qué quiere. . . quién es usted?
—Me llamo Fran. . .!
—Franco Ocampo, no es cierto?
—Así es, pero como sabe mi nombre?
—Lo sé porque mi hijo me contó que había estado visitando unos cafetales al otro lado de la montaña y que allí fue muy bien atendido por un joven cuyas descripciones concuerdan con las tuyas—.
—Pero si soy yo mismo señor!
—Bueno. . . estás contratado. No podemos hablar más. Corre a donde Rozo y dile que te oriente mejor sobre lo que tienes que hacer esta noche porque debo atender una recepción que los señores de la alcaldía le van a ofrecer al alcalde, pues hoy cumple años—.

Franco desbordaba de la alegría. Sus cabellos brillaban bastante iluminados por la luz que prodigaban las velas de la mesa. Su felicidad parecía brillar. . .

Bajó raudamente las dieciséis escaleras y de un salto llegó frente a Rozo.

—Listo!

—Listo?

—Sí, listo el empleo!

—Magnífico —le contestó Rozo— Vete al ropero, abre el armario que está a la derecha; con esta llave da tres vueltas a la cerradura y la vuelves a cerrar. Vístete el traje de mago que allí verás. Es el único de ese estilo que tenemos para la portería.

—Bien. . . ya regresó!

Sus ojos titilaban. Su mano derecha empuñaba con fuerza la llave. Con ésta, abrió la puerta opalina que hermética resguardaba aquel traje destinado al nuevo portero. Lo observó muy por encima. Era de una sola pieza, de color morado, con sus charreteras bien dispuestas sobre los hombros. Justo de su talla. Doce botones negros descendían desde la solapa hasta casi las rodillas. Los bolsillos del pecho sin tapa. Los laterales, la tenían, pero adornada con borlas doradas. Lo vistió sin detenerse en más detalles.

—Y bien? Cómo me veo? —Preguntó a Rozo.

—Pareces un mago!

—Y el sombrero?

—No lo tiene. Es así.

Rió de buena gana y se dispuso a iniciar labores en su nueva tarea. Se despidió de Rozo y se dirigió a la entrada.

Los automóviles oficiales comenzaron a aparecer. Franco se acercó con prontitud a recibir al alcalde y sus acompañantes. Aquel lo miraba con sorpresa al ver los gestos de cortesía que transformaban al inquieto muchacho.

—Es que hoy estreno empleo señor alcalde, por eso me siento nervioso.

—No tienes por qué estarlo —argumentó el burgomaestre.

Así, uno a uno fueron saludados los invitados por el nuevo portero. Se deslumbró al observar sus lujosos vestidos de fiesta, los sacolevas y smokings; las joyas relucientes de las damas acompañantes, los zapatos casi transparentes de unos y otras. Los perfumados abrigos de las señoras. —Espero se diviertan— fueron sus últimas palabras pronunciadas antes de quedarse solo. De un golpe cerró la puerta, para no dejar entrar a nadie más, pues según una lista que Rozo le había entregado, los invitados estaban completos.

Clavó sus plantas sobre el pedazo de suelo. Se paró firme proyectando su mirada hacia la oscuridad.

En esa posición no alcanzó a durar mucho tiempo. Hacia la medianoche no pudo evitar el cansancio que le introdujo en un sopor incontrolable, para

posteriormente aventajarle un sueño raro. El mismo sueño y cansancio hicieron que se deslizara bajo el peso de su propio cuerpo. . . hasta quedarse dormido. El tiempo transcurrió! La aurora asomaba perezosa en el oriente hasta que el sol abrió sus luces y el cielo fue despejando la mañana. . . Afuera, Franco roncaba en silencio; adentro, se escuchaban las caricias trasnochadas de los vasos con los que los invitados hacían su brindis de cristal, enviándose saludos, con buenos deseos de "cómo estás colega", "cómo va el gobierno". . . y otros cuchicheos.

Cuando terminó la reunión, el primero en asomar la cara fue Rozo, el mozo de las mesas, para llamar al portero. Mohín de sorpresa cuando vio a Franco dormido sobre el zócalo. Resoplaba humo frío por sus labios pálidos y reseco; tenía las manos entre los bolsillos y la cabeza recostada sobre la pared.

—Hey Franqui!, despierta ya que los invitados se van y tenemos que acompañarlos hasta sus coches— Inquirió Rozo.

Franco, haciendo ademanes de indiferencia ante el llamado del sirviente, volvió a cerrar los ojos que estaban a medio abrir.

—Franqui! Franqui!, despierta de una vez mira que ahora salen los señores y si te ven así, podrán dar quejas tuyas a la administración. Acuérdate que eres nuevo en el hotel y debes trabajar como debe ser si quieres conservar el empleo.

—Bien! Bien!, —contesto el portero— Ahora mismo me levanto. . . brr. . . brr. . . que helaje carajo! Que bruto fui al quedarme dormido!

Se puso de pies con ayuda de Rozo. Luego se abrazaron esperando que saliera la concurrencia. El alcalde apareció un poco subido de copas, pero pudo atisbar la claridad de la mañana. Al bajar la última grada que colindaba con la entrada, resbaló. Franco y Rozo lo ayudaron a levantarse, apoyando sobre sus hombros, los brazos mofletudos del burgomaestre. Mientras lo conducían hasta el carro, los demás invitados sin guardar ninguna compostura, asomaron el cuerpo, dando gritos, vociferando, lanzando sus pañuelos al aire y dando vivas al gobierno. Sin despedirse nadie de nadie, fueron desapareciendo todos, dejando una estela de alcohol invisible que aquellos dos percibieron con disgusto.

Franco y Rozo dieron media vuelta, no sin antes devolver la mirada sobre el último aliento de humo que desprendía el auto del alcalde sobre la angosta avenida. Franquito se acordó de aquel sueño que una noche tuvo, en el que se veía rodeado de gente importante que lo saludaba con entusiasmo. Al fin pudo descubrir la verdad sobre el sueño. El no era nadie importante. . . sólo un portero de hotel.